

LATINOAMERICA

CUADERNOS DE CULTURA LATINOAMERICANA

73

ANGEL RAMA

APORTACION ORIGINAL DE UNA COMARCA DEL TERCER MUNDO: LATINOAMERICA



COORDINACION DE HUMANIDADES
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS/
Facultad de Filosofía y Letras
UNION DE UNIVERSIDADES
DE AMERICA LATINA

UNAM

ANGEL RAMA
**APORTACION ORIGINAL
DE UNA COMARCA
DEL TERCER MUNDO:
LATINOAMERICA**



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
COORDINACIÓN DE HUMANIDADES
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
Facultad de Filosofía y Letras
UNIÓN DE UNIVERSIDADES DE AMÉRICA LATINA

Ángel Rama, (1926), crítico literario uruguayo, especializado en literatura latinoamericana y autor de diversas obras en el campo del cuento, la novela y el teatro. Trabajó durante varios años en el prestigioso seminario "Marcha". Obligado miembro de la diáspora latinoamericana, resultado de la indiscriminada represión que ha sufrido nuestra América en los últimos años. Al igual que otros muchos desterrados de esta América, Ángel Rama ha dado a Venezuela los frutos de su rico saber en el campo de la cultura latinoamericana; no sólo como profesor sino, especialmente, como responsable de la edición de la Biblioteca Ayacucho, creada por el gobierno venezolano para conmemorar el sesquicentenario de la batalla que puso fin al dominio español en América.

El ensayo que aquí recogemos fue su ponencia, en 1965 a la reunión convocada por *El Columbianum*, con sede en Génova, Italia, sobre la cultura latinoamericana en relación con el Tercer Mundo y la cultura universal. Ángel Rama, en estas breves páginas hace un concentrado análisis de la literatura latinoamericana y lo que ella ha aportado de original a la literatura universal como expresión de una comarca del Tercer Mundo.

SENTIDO Y ESTRUCTURA DE UNA APORTACIÓN LITERARIA ORIGINAL POR UNA COMARCA DEL TERCER MUNDO: LATINOAMÉRICA

Estas páginas se proponen elucidar, estrictamente, lo que expresa su largo título: si existe o puede deducirse la posibilidad de una aportación literaria original, de América Latina a la Comunidad Mundial, y, en particular, a la europeo-occidental. En caso afirmativo, cuál sería su sentido y cuál su estructura interna.

Al proponerme la indagación doy por sobreentendidas tres series de problemas: primero, que hay una unidad subyacente a la pluralidad de culturas regionales de la América Latina, la cual establece elementos comunes entre la invención mexicana, la del Tahuantisuyo o la del Río de la Plata, un poco a imagen de lo que ocurre en los países europeos con sus formulaciones regionales o dialectales; segundo, entiendo esa originalidad, no como mero repertorio de temas y personajes que, por ser a veces diferentes de los europeos, nos ahorrarían el análisis, sino como creación de formas coherentemente desarrolladas e imbricadas en un fraseo histórico, donde temas, personajes, lengua, procedimientos, se pliegan a una modulación orgánica: esto importa una concepción mental, una interpretación del hombre en la historia; tercero, entiendo «literatura» en una perspectiva estructural que vincula autor, obra, público, tradiciones, o sea como un sector específico de la cultura, y no como una acumulación de variadas obras de arte.

Es obvio decir que sólo se trata del deslinde de algunos problemas dentro de un diagrama operacional. Es una aportación a un debate, y una aportación confesadamente provisoria. Acepta, a cuenta de análisis ulterior, que América Latina pertenece al tercer mundo con los problemas de subdesarrollo que a él corresponden, no sólo en el plano socio-económico, sino en el de la cultura donde repercuten, aunque reconoce que adentro de él ocupa una situación propia y se enfrenta a una conflictualidad interna particular.

Si consideramos una aportación cultural debemos empezar por abrir el campo y abarcar la totalidad del fenó-

meno. No reducirnos al catálogo de nombres de las historias literarias y artísticas que abundan en un continente de por sí verboso. Se podrá reconocer que en América —como en otras regiones, pero aquí especialmente acentuado— conviven dos culturas. No uso la dicotomía en el sentido engelsiano, sino antropológico. Una cultura que llamaríamos de tipo tradicional, que es muy rica y engloba a la mayor población del continente. Se puede caracterizar por varios rasgos: es popular, usa de las lenguas en sus formas más vitales y creativas y por lo mismo abunda en las formas dialectales, es acentuadamente conservadora, practica las tradiciones orales y tiene una orientación marcadamente normativa o educadora. En ocasiones roza o se descansa sobre lo folklórico. En ella se conservan más puros los ingredientes de las distintas culturas que han formado el tronco latinoamericano, pero sin embargo rige también aquí la transculturación operada por la inserción ibérica. Dentro de ella se mueve, se forma y accede a un cúmulo de valores —morales, sociales, estéticos—, la inmensa mayoría de los hombres del continente, se podría hablar del 80% de su población. Quiero recordar que en este venero se han forjado algunas creaciones de arte destacadas, de aquélla de más difícil traslado a otras culturas: bastaría citar *Martín Fierro*. Y aún agregaría, contestando quizá al hermoso poema de Borges a la muerte de Laprida, y por lo mismo que a esta altura de nuestra problemática podemos desconfiar de ciertas formas mecánicas e indiscriminadas de la alfabetización, que de esa cultura proceden ingentes beneficios para el desarrollo de la sociedad latinoamericana. Y al decirlo creo no olvidarme de sus regionales perjuicios.

Otra es la cultura que llamaríamos de tipo urbano, de tendencia cosmopolita, que usa preferentemente una lengua disciplinada por el estudio, que aspira con mayor fervor a la originalidad y a la novedad y que, por lo mismo, establece sus módulos en los ejemplos extranjeros que traspasa, ya sea a un idioma diferente, ya sea a nuevas situaciones. Esta, que es la que normalmente se entiende por cultura a secas, disfruta de un radio de acción muy reducido, su desarrollo y avance parece obedecer a la ley de Hegel sobre la comprensión urbana como generadora de culturas y, como es sabido, ha sido realizada en su línea operadora por Mumford. Su peligro y la excesiva mimetización a lo largo de la colonia no fue de las formas españolas que, de acuerdo con

una ley interna, trató de llevar a la estremación: es decir, fue siempre más novedosa que en los orígenes metropolitanos y acentuó hasta la exacerbación los extranjerismos al desnaturalizarlos de su contexto tradicional: sirva de ejemplo el churrigueresco mexicano, la poesía de Sor Juana, sirva de ejemplo el Apologético de Lunarejo que Menéndez Pelayo reconocía como «una perla caída en el muladar de la poética culterana»; sirva de ejemplo también, la reforma educativa del Río de la Plata en las postrimerías de la colonia que se atrevía a más, en cuanto a laicización de la enseñanza y primacía concedida a las ciencias naturales, que las universidades españolas. Pero ya estamos en la Revolución mercantil de 1810 y, de acuerdo a este proceso de encandilamiento con los productos europeos, se producen dos operaciones que han de regir todo nuestro siglo XIX: por una parte, que los lectores de Rousseau y la Enciclopedia adoptan miméticamente las formas de la democracia burguesa recientemente descubiertas por los europeos —ocurre primero en Estados Unidos que en América Latina— y, por la otra, se establece la pugna violenta entre la cultura urbana y la de tipo tradicional. Si el *Periquillo Sarmiento* de Lizardi, en México, está más cerca de la cultura tradicional, la *Elvira* de Echeverría se sitúa decididamente en la cultura urbana.

A todo lo largo del XIX la pugna es reñida, alcanza fórmulas equívocas y estereotipadas como la que empleara Sarmiento oponiendo «civilización y barbarie», cuando la equivalencia de civilización debe encontrarse en su famoso grito a los estancieros «cerquen, no sean bárbaros». Pasados los años, se nos hace evidente que los mejores productos artísticos fueron aquéllos que extrajeron su riqueza del venero de la cultura tradicional, incluyendo el mismo *Facundo* de Sarmiento y, para dar un solo ejemplo más citaríamos la lírica de Martí, la de sus versos sencillos. Digamos que funcionó a pesar de la pugna establecida, un cierto equilibrio de ambos sectores, y por lo mismo que la literatura y el arte se transformaron en los sistemas de combate de los escritores puestos al servicio de alguna causa popular, de allí recogieron numerosos sabores propios. En los aledaños del siglo XX, la cultura urbana se impone encabalgada en el triunfo de los núcleos ciudadanos europeizados. «Buenos Aires, Cosmópolis» exclama admirativamente Darío.

Cada una de estas culturas dispone de sus correspondientes élites, entre las cuales se ha forjado un distancia-

miento cada vez mayor. Las macrocefalias capitalinas han engendrado una literatura y un arte que se va alejando de las creaciones de la cultura tradicional. Por su complejidad estructural y su permanente innovación se emparejan con los productos europeos, aunque todavía a la zaga de aquéllos, pero desde muy cerca. En tanto, las élites de la cultura tradicional han quedado rezagadas y aún trituradas, por cuanto los nuevos instrumentos de educación masiva en manos ciudadanas, han provocado una distorsión de sus contenidos y formas conservadoras. Este distanciarse, esta incapacidad de mutuo fecundamiento, era definido por Mannheim, como un rompimiento en el desarrollo al no producirse el enriquecimiento que genera la confluencia de corrientes distintas.

El grito de Franz Fanon, «Abandonemos Europa», no es nada más que una frase. Imposible abandonar lo que ya está integrado, como estructura mental y jerarquía de valor, a la personalidad creadora. Este martinicano carece de conciencia americana y afirma una improbable deserción, porque en definitiva cuenta con el eventual respaldo de una tradición cultural no europea, que él asume racialmente: la africana negra. Juega la carta de la raza que le han impuesto los blancos europeos, —la negritude— porque, mejor o peor, ella comporta una tradición cultural autónoma. Es el inicuo caso confuso en que se mueve el intento cultural de los países de Asia y África que, si bien integran, por razones socio-económicas, el Tercer Mundo, se diferencian de nosotros porque cuentan con lenguas, historias, artes, literaturas que son autónomas y cuya continuidad, a pesar del fenómeno deformante del imperialista europeo, estuvo asegurada hasta hoy.

No es el caso de América Latina. A ellas concurren tres líneas culturales: una autóctona, indígena (cuyos más altos exponentes fueron el imperio azteca y el imperio incaico), otras dos extranjeras; una, dominante, de origen hispano-portugués y, a través de esta inserción motivada por el dinámico despliegue de la burguesía renacentista, toda la cultura forjada en la península europea, desde los orígenes griegos hasta el presente; otra, sometida, la de los pueblos africanos esclavizados, la polea del desarrollo del mercantilismo colonial. Por razones que tienen que ver con la implacable expoliación del indígena y del negro a nivel de auténticos genocidios, y por razones que poco tienen que ver con América, sino más bien con la revolución técnica de la burguesía,

sía europea en el poder, la cultura ibero-europea ha provocado el vacío americano, desplazando las culturas indígenas y africanas a la zona del tradicionalismo y aún del folklore, y ocupando el centro del continente bajo la forma de un acriollamiento de las formas y los contenidos originarios.

Ni las culturas africanas tienen posibilidad visible de desarrollo autónomo dentro del continente americano, ni las culturas indígenas pueden cubrir el salto en el tiempo necesario para alcanzar y superar a las culturas europeas acriolladas. Estas han ocupado América y allí se mantiene sólidamente. Tanto las primeras como las segundas están destinadas a morir, y sólo pueden insertar elementos propios dentro de esta cultura europea americana, u occidental o atlántica, como se quiera: es, para lo africano, el ejemplo de la poesía cubana, desde Martí hasta Guillén; es para lo indígena peruano, la novela indigenista en sus muy diversos ejemplos y niveles: Jorge Icaza, Jesús Lara y también Ciro Alegría o José María Arguedas. Este ilustra mejor que ningún otro novelista, como en poesía Nicolás Guillén, el fenómeno de transculturación, emergiendo del tradicionalismo a la cultura urbana cosmopolita. En el caso del Brasil —estudiado por Gilberto Freyre— no hay mejor ejemplo que el de la creación musical.

Por lo tanto, Europa —y con ella se alude a toda su civilización— es inabandonable: estamos ante una cultura atlántica, como le gustaba decir a Malraux, y esto, en el nivel en que nos proponemos el examen, o sea la búsqueda de una posible aportación cultural original, parecería establecer un límite invencible. Es posible hacer una traslación a lo criollo, cuando no a lo folklórico, y ésta ha sido la misión cultural que por más largo tiempo y en forma más equívoca, Europa ha pretendido asignarle al continente latino-americano, como proveedor de exotismo: algo así como los barrios miserables de Nápoles, un lugar muy típico, con mucho color local, en el cual nadie querría vivir. Correspondía esta filosofía a la época, todavía pálidamente vigente, de la explotación imperialista europea, y no es raro que la misma haya sido asumida ahora por los Estados Unidos, al reemplazar a Europa en esa tarea.

El caso de Estados Unidos sirve para encarar una primera aproximación al problema. En 1831, Alexis de Toucqueville fue a conocer la democracia americana y su enjuiciamiento de la rudeza y la mediocridad de la cultura demo-

cratizada no respondió sólo a la opinión de un aristócrata que ha adquirido la lucidez junto con la decadencia, sino a una realidad que comprobamos en el estudio de la época. El prodigioso desarrollo de una sociedad dentro de coordenadas cada vez más propias, acelerando y extremando la aportación europea, instaurando el modelo presente de la «affluent society» ha permitido la creación de una cultura cuya originalidad es indiscutible, que vive en la nostalgia de sus orígenes (James, Elliot, Pound) o se entrega al dramático descenso dentro de sí misma (Faulkner, Kerouac). Por este camino todo el problema quedaría remitido a la teoría del desarrollo económico, y no es raro que él haya sido teorizado por un ruso americanizado, Rostow, actual asesor de la Alianza para el Progreso.

Nada nos cuesta reconocer las posibilidades del desarrollismo en el campo de la cultura. Hay un ejemplo paradigmático: es el cotejo con España. En el año 1926 se podía discutir si el paralelo cultural pasaba por Madrid y Buenos Aires. La discusión ya entonces era ociosa y chauvinista, pero dentro de la comarca lingüística es evidente que la aportación de la novela latino-americana del xx es infinitamente más rica, más variada, más original, que la española del mismo periodo, y en el campo de la poesía es posible sostener el cotejo con la gran promoción española citando a César Vallejo, a Drummond de Andrade, a Pablo Neruda. No sólo la calidad de los creadores americanos parece demostrada, sino que, respecto a España, parece asegurada una nota de originalidad inconfundible.

Por este camino iríamos a una situación similar a la de los Estados Unidos con respecto a la cultura inglesa y europea en general. Son muchos los libros —novelas, poesías, ensayos— de origen latinoamericano que circulan en editoriales europeas con aceptación normal, cuando no entusiasta, por parte del público, que si por una parte se sorprende y admira con los elementos exóticos de cualquier manera en ella implícitos —se trate de las fantasmagorías de Borges o de las novelas indigenistas— al mismo tiempo reencuentra las formas y estructuras narrativas o poéticas que le son afines a su cultura, que de alguna manera se han creado en sus tierras. Traspaso mutuo, integración cultural, en la misma medida en que se logren los niveles de desarrollo económico y social que permitan establecer la misma capa de gustadores. Sería el triunfo definitivo de las reducidas élites

de la urbana, que se verían reconocidas y aceptadas en Europa, al mismo tiempo que en los educados sectores ciudadanos de América.

Pero la historia no se repite, y creo que la función histórica de la cultura latinoamericana está en otro lado, en otra perspectiva histórica. Nuestro continente ha experimentado dos grandes sacudimientos a lo largo de los dos últimos siglos, y ellos han tenido su repercusión, como es lógico, sobre todas las formas de la vida social, y, dentro de ellas, sobre la cultura: uno es el movimiento de emancipación de 1810 que abre las puertas a la posibilidad y al afán de una cultura nacional, es el manifiesto americano de Bello, pero es, sobre todo, la incorporación, como elementos participantes de la vida cultural, de un número creciente de hombres que rompen la rígida, selectiva estructura virreinal, destruyen las formas de un arte cortesano y sacralizado, y hacen ingresar con un acento populista, muy marcado en los comienzos, una cultura laica, crítica, burguesa; el segundo movimiento se va generando desde fines del XIX y, para darle una fecha de emergencia, la tiene en 1910, no sólo porque allí se produce la Revolución mexicana, sino porque contemporáneamente, en otros lugares del continente, se genera una transformación manifiesta de la vida social, sobre todo en los países del cono sur, donde el alessandrismo, el irigoyenismo, y el batllismo en Chile, Argentina y Uruguay, son índices de la ampliación de la base popular, ya sea porque acuden a los reclamos de la enorme masa de inmigrantes que se ha descargado sobre América desde 1880, ya sea porque obedecen al proceso de formación de una capa intersticial, la clase media, que se abre paso lentamente en México bajo el porfirato. Estamos en que el sociólogo americano Johnson ha llamado la revolución de las clases medias, que significó un avance en la democratización de América Latina y que, simultáneamente, dio la enorme generación de los creadores de la época, los regionalistas, muchos de los cuales hoy aún viven, y son Eustasio Rivera, Rómulo Gallegos, Martín Luis Guzmán, Manuel Rojas, Manuel Gálvez, Graciliano Ramos, etc., etc.

Es la primera generación que realmente ingresa a Europa; algunos de sus títulos fueron publicados por primera vez en España y muchos traducidos a diversos idiomas, ya que en cambio, Rubén Darío había estado en París y nadie había reconocido su increíble genio poético. La ampliación de la

base popular, su capacidad para encarar dinámicamente el desarrollo cultural aplicándose activamente a las formas educativas, su toma de contacto con la cultura tradicional, elevándola y transformándola dentro de los módulos de la cultura urbana, permitieron un desarrollo activo de la literatura y del arte, tan intenso, nutrido, y sobre todo orgánico, como no lo había sido en todo el signo transcurrido de vida independiente. Sus consecuencias duran hasta ahora, se palpan en la aportación cultural vital, en el alcance nuevo que los libros han tenido en un público muy vasto. Sociológicamente es el movimiento cultural más rico que ha tenido América Latina, el establecimiento orgánico de una literatura y un arte, y si ahora podemos discrepar con muchos de sus aspectos estéticos, no olvidemos que igualmente se discrepa, dentro de algún tiempo, con los que hoy entendemos como más perfectos. No dejemos de considerar, además, el profundo sentimiento americanista que distinguió a todo el movimiento, a pesar de las diversas formas que, según las regiones, adoptó: porque el americanismo de que se reclamaba Rivera para sus murales era el mismo del que se reclamó Joaquín Torres García para los suyos, aunque los productos fueran muy distintos, y en ellos incidieran las zonas de gravitación de las distintas culturas nacionales y extranjeras.

Pero aquí no termina el proceso. América Latina está al borde de un nuevo movimiento renovador, que otra vez amplíe poderosamente la base popular de sus sociedades y tienda a extender los beneficios de la cultura. No se trata de profecías, se trata simplemente de registrar situaciones, enumerar datos y cifras. En los últimos diez años, América Latina ha visto depreciarse vertiginosamente las materias primas que produce y, al mismo tiempo, ha visto cuadruplicarse los precios de los productos manufacturados que necesita importar, o sea que se ha visto constreñida a trabajar por lo menos cuatro veces más para obtener la misma renta que antes. Pero sin embargo —son datos de Cepal— el aumento de su renta nacional no supera promedialmente el 2.5 por año (mientras que Francia el año pasado tuvo el 7 y Alemania el 8.4). O sea que hay un proceso de depauperización evidente. Este se agrava dramáticamente porque América Latina es la región de más alta tasa de crecimiento demográfico del planeta, superando las conocidas y graves situaciones de los países del Asia. Las estimaciones la sitúan, actualmente, en el 4.2. De acuerdo a los datos del Bureau de Investiga-

ciones demográficas de los Estados Unidos, la población de América del Sur, solamente de América del Sur, que en el momento actual es de 121 millones de habitantes, será, dentro de quince años, de 242 millones, o sea que en 1980 se habrá duplicado. Quien conoce el hambre, la miseria, el analfabetismo, que reina en la mayoría de los países de Latinoamérica sabe que esta situación, al margen de toda interpretación de ideologías que voluntariamente no he querido hacer limitándome a los hechos, anuncia tiempos revueltos. Para decirlo corto, anuncia Revolución.

América Latina, es una tierra colonizada, tanto en el sentido económico, político y social del término, como en el sentido cultural que le es anejo, lo que fue la labor de la religión, lo que fue la labor del liberalismo burgués, ideologías importadas como lo son actualmente las que acaban de incidir sobre el continente: el marxismo en Cuba y la democracia cristiana en Chile y parcialmente en el Perú. América no ha generado ideologías específicas, originales, como se ha demostrado con el intento infructuoso del APRA, sino que ha recibido las estructuras ideológicas europeas, adecuándolas más que bien a su realidad. Esto es también parte del proceso de la colonización, pero no se entendería ésta, si no se observara el funcionamiento dialéctico en que se mueve el pueblo colonizado con relación a sus colonizadores: las armas de fuego las trajeron los españoles y con ellas vencieron a los indígenas, hasta el día en que sus descendientes las volvieron contra ellos, y los expulsaron. Un continente colonizado es obligatoriamente heredero de una cultura, en este caso de una de las 21 que enumera Toynbee, la que se ha mostrado de las más dinámicas inventivas... del planeta, al punto de alcanzar radio planetario en muchas de sus formas. También el mundo medioeval hereda el mundo grecolatino, absorbe, para usar una terminología toynbeana, alguna de sus herejías y la desarrolla contra el mundo en que ha formado.

El tercer mundo es la síntesis que ha generado el mundo de la cultura europea, ya no el continuador de sus modos liberales como lo fue Estados Unidos, sino el secreto oponente, o, en cierto modo, el realizador de alguna de sus aventuras espirituales más en apariencia ilusorias. Por esa tendencia normal de los hombres a reconocer de sus comarcas solamente lo mejor, es habitual que los europeos, frente a los americanos, señalen su portentosa obra civilizadora, y ol-

viden otros aspectos menos decorosos de su historia: ejemplo, que el genocidio lo inventó la cultura europea ya en el siglo XVII con el comercio de esclavos negros, y lo llevó a su culminación en pleno siglo XX dentro del estado más desarrollado, industrial y culturalmente, de Europa, Alemania, una de las cabezas de la civilización occidental; que en materia de sevicias, torturas y crímenes la Rusia de Stalin o la España de Franco nada tienen que envidiar a nuestros Trujillos, Somozas, o Stroessner. América Latina, espejo de Europa, recoge la imagen completa y de alguna manera se la ofrece, en su totalidad para que se reconozca en ella. Su esfuerzo histórico ha sido justamente el de eludir aquellos componentes del cuadro originario que los mejores hombres de Europa no dejaron de combatir siempre, aunque muchas veces fueran vencidos por fuerzas más poderosas que ellos. De ahí que, para hablar en términos de ética, haya sido la conciencia anti-imperialista la clave de la actitud del intelectual americano, desde sus orígenes en el movimiento de independencia, hasta hoy, y que él se haya planteado siempre el mismo verso «con los pobres de la tierra quiero mi suerte echar». Pero nadie combate con su enemigo sin aprender constantemente de él, sin tratar de extraerle los mayores conocimientos para aplicarlos en contra suya. De este modo se ha desarrollado la actitud anti-imperialista del intelectual americano, no limitándose a copiar, sino buscando la fórmula secreta que permitiera invertir el signo de lo copiado o aprovechado, y generalmente la ha encontrado en los elementos antitéticos que aparecían en Europa. Una especie de moral brechtiana, si se quiere.

Para usar la frase de Pascal, «Estamos todos embrocados», quiero decir, un escritor, un artista, no son mónadas cerradas, sino que viven en el mundo de las realidades afligentes que los rodean. Y dentro de ellos operan su elección sin aspirar a la inocencia o al puritanismo, sabiéndose embarrados. Chapoteando en ese barro, trabajando en condiciones precarias, algunos cambiando más veces de países que de zapatos, han construido, con ese mismo barro, una extraña mitología cultural.

Hay dos planteos que me parecen evidentes en una perspectiva global de la cultura americana: 1) que América Latina se pliega siempre a la antítesis generada dentro de la propia cultura europea y la desarrolla como principio normativo de valor indiscutible, sometiéndolo al proceso de acio-

llamiento. Es primero la revolución burguesa que le da nacimiento como entidad independiente y los valores culturales que acarrea; es segundo, durante el proceso de la colonización económica del último tercio del XIX, que por un lado permitió la estabilización y el enriquecimiento de los imperios europeos (inglés, francés, luego norteamericano), el desarrollo de una conciencia nacional de los sectores medios de la sociedad latinoamericana, con la suma de la masa de inmigrantes provenientes de los estratos más bajos de la sociedad europea que, por el camino latinoamericano, accedían a lo que les estaba negado en sus patrias, vida y cultura; es, en esta inminencia revolucionaria en que vive América Latina, la instauración de un modo u otro, con distintas variantes regionales y en distintos grados, con sangre o sin ella, como algunos dicen, de formas económico-sociales de tipo socialista.

2) Son justamente estos movimientos, en la misma medida en que ensanchan la base popular de una sociedad y en que establecen la mutua fecundación de las distintas culturas y operan el engranaje de las correspondientes élites, las que instauran la posibilidad de una cultura original. Estamos haciendo un planteo socio-cultural de tipo general y nos llevaría mucho tiempo aplicarlo pormenorizadamente a la literatura y el arte. Pero entendiéndola como anotamos al comienzo, en un sentido estructural, como sector de la cultura donde se imbrica autor, obra, público, tradiciones nacionales y extranjeras, quizás pudiera fecharse por los años de 1910 a 1920 la primera creación autónoma de una literatura latino-americana, en la misma medida en que la réplica regionalista de esos años opera sobre los contenidos y las formas que la cultura modernista urbana creara de 1895 a 1910, mediante la esforzada imitación de los modelos europeos, es decir que, por primera vez, un público que atiende a esa producción, que se siente compenetrado con la labor de sus escritores en cuyas obras se ve representado en una determinada coyuntura histórica. Es el primer momento de expansión cultural, cuya fuerza ha ido debilitándose en los últimos dos decenios, donde vuelve a agudizarse el distanciamiento de las dos culturas y la separación de las correspondientes élites. Pero ya éstas, sobre todo las urbanas, que han generado la literatura de un Nicanor Parra, de un Carlos Fuentes, de un Julio Cortázar, de un Ernesto Cardenal, de un Mario Benedetti, no operan como las élites

urbanas del modernismo, ni aspiran a un exotismo de bazar, aunque fuera del más lujoso y admirable bazar, sino que crean y viven en la preocupación de una afligente realidad americana. Elaboran un arte de formas cosmopolitas, preferentemente tomadas de Europa y Estados Unidos, tal como es su destino histórico, pero que hacen incidir sobre una realidad americana, con nítida conciencia de la inminencia transformadora del continente. Es obvio que esta transformación, como en los casos anteriores, generará una nueva forma cultural de más amplio radio, permitirá el ingreso de nuevas y ricas aportaciones de la cultura tradicional; para algunos, demasiado aferrados a las modas de la cultura urbana, podrá parecer un retroceso, como sin duda le pareció a los modernistas el regionalismo.

Por último digamos que este proceso sobreviene en un nuevo momento de la historia humana: quiero decir que surge o surgirá en el instante en que ya el campo operacional del escritor y del artista no será solamente la civilización atlántica, sino que, por el nuevo reordenamiento planetario de los problemas sociales, hará entregar regiones de la cultura imprevistas en nuestro esquema. Me basta pensar en los diez mil jóvenes latino-americanos que en estos momentos están estudiando en países socialistas, dentro de tradiciones culturales que nunca habían rozado a nuestro continente, y que poco tienen que ver con el consabido estereotipo de la civilización occidental y cristiana; pienso en las nuevas vinculaciones que se han establecido con el África negra o musulmana, pienso en las nuevas presencias asiáticas que en estos momentos están incidiendo, sobre todo del lado chino, con particular intensidad, en América Latina. Incluso todos aquellos que creen comulgar en un mismo credo, el marxismo, no parecen sospechar hasta qué punto dicha ideología se tiñe de elementos nacionales en cada uno de los países donde se impone, y hasta qué punto es afectada por las culturas tradicionales y por las formas económicas de sus grados de desarrollo.

Es desde esta perspectiva nueva, desde esta situación, que pienso puede hablarse, más allá de las formas culturales generadas por el desarrollismo urbano a imagen, semejanza o rivalización de las europeas, de un sentido original de la cultura latinoamericana. Y pienso que ella será plenamente posible, como lo fueran las culturas nacionales europeas que se forjan a lo largo de la Edad Media, en la medida en que

establezca una estructura coherente, que vincule los distintos elementos en una unidad dinámica, proyectada a un consumidor cada vez más amplio y preparado.

Siendo director general de Publicaciones José Dávalos
se terminó de imprimir en los talleres de Imprenta Madero, S. A.,
Avenida 102, México 13, D. F. en septiembre de 1979.
Se tiraron 10,000 ejemplares.

TOMO VII:

61. Luis Villoro, DE LA FUNCION SIMBOLICA DEL MUNDO INDIGENA. 62. Augusto César Sandino presentado por Jorge Mario García Laguardia, REALIZACION DEL SUEÑO DE BOLIVAR. 63. Arturo Uslar-Pietri, ANDRES BELLO EL DESTERRADO. 64. Frantz Fanon, ANTILLANOS Y AFRICANOS. 65. Víctor Raúl Haya de la Torre, EL LENGUAJE POLITICO DE INDOAMERICA. 66. José Victorino Lastarria, LA AMERICA (fragmentos). 67. José Antonio Portuondo, LITERATURA Y SOCIEDAD EN HISPANOAMERICA. 68. Domingo F. Sarmiento, SAN MARTIN Y BOLIVAR. 69. Gilberto Freyre, RAICES EUROPEAS DE LA HISTORIA BRASILEÑA. 70. José María Samper, ENSAYO SOBRE LAS REVOLUCIONES POLITICAS.

TOMO VIII:

71. Francisco Miró Quesada, FILOSOFIA DE LO AMERICANO TREINTA AÑOS DESPUES. 72. Gabino Barreda, ORACION CIVICA.



RECTOR

Dr. Guillermo Soberón Acevedo

SECRETARIO GENERAL ACADEMICO

Dr. Fernando Pérez Correa

SECRETARIO GENERAL ADMINISTRATIVO

Ing. Gerardo Ferrando Bravo

DIRECTOR FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Dr. Abelardo Villegas

CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

Dr. Leopoldo Zea

COORDINADOR DE HUMANIDADES

Dr. Leonel Pereznieta Castro

CENTRO DE ESTUDIOS SOBRE LA UNIVERSIDAD

Lic. Elena Jeannetti Dávila

UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA

Dr. Efrén C. del Pozo